EL ESTILO PERIODISTICO DE LARRA: REFLEJO DE UNA PROBLEMATICA

La obra periodística de Larra ofrece un verdadero tesoro de recursos estilísticos. Voy a señalar algunos casos del lenguaje usado por Larra para no sólo expresar sus preocupaciones sino hacer al lector partícipe de ellas. Quiero demostrar que los recursos verbales tenían una importancia vital para Larra, ya que eran los únicos medios por los cuales podía dar escape a su tormenta interior e intentar remediar los males que veía alrededor suyo. Su genio se nutría por la intensidad de sus sentimientos, su necesidad de comunicar con el público lector y de educarlo.

La única manera de llevar a cabo con éxito la tarea que se había propuesto, la de educar al pueblo español, era de ganar primero la confianza y simpatía del mismo. Por eso abundan en todos los artículos de Larra los refranes y dichos populares, tales como «al buen callar llaman Sancho»; «ya no fue el pan pan, ni el vino vino»; «en casa donde no hay harina todo es mohina»; «el hombre propone y Dios dispone»; «fíjate en la Virgen y no corras», etc. Muchas veces transforma un refrán o un proverbio para que quede mejor integrado en el texto, logrando así una total naturalidad y soltura, como hace por ejemplo con el refrán «nadie da lo que no tiene»: «El escritor satírico es... el único de quien con razón se puede decir que da lo que no tiene».

Con el tema de los refranes y proverbios para mayor contacto con el público lector he llegado a la actualidad de los artículos periodísticos de Larra que, entre muchas otras cosas, es el resultado del hábil manejo de la lengua popular, poniéndola al servicio de sus ideas, y de la capacidad de producir con la mayor plasticidad los comentarios más adecuados para las diferentes situaciones a que éstos aluden. El mejor ejemplo de esto lo constituyen las metáforas botánicas que a veces, como en «La planta nueva», son aplicadas con un rigor casi matemático. Si Larra hubiera escrito una simple crítica carlista, el artículo probablemente no se habría leído por monótono y aburrido, ya que sin la metáfora usada sonaría así:

> Hay muchos facciosos en España. Son muy toscos y no tienen ninguna idea propia. Aparecen en todos los sitios. Son brutos, sucios, cobardes, parásitos, ladrones, crueles, vanos, tontos y agresivos,

lo que constituye un fuerte contraste con el vigor expresivo de la metáfora que cito:

> Hay en España muchos terrenos que producen ricos facciosos con maravillosa fecundidad; país hay que da en un solo año dos o tres cosechas; puntos conocemos donde basta dar una patada en el suelo, y a un volver de cabeza nace un faccioso... es fruto que se cría sin cultivo... y que así se aclimata en los llanos como en los altos...; en muchas casas los hemos visto y los vemos diariamente, como los tiestos en los balcones, y aun sirven de dar olor fuerte y cabezudo en cafés y paseos... sólo el orden y el esmero perjudican mucho a la cría del faccioso, y la limpieza, y el olor de la pólvora sobre todo, le matan...; huye... como la sensitiva al irle a echar la mano (I, 304).[1]

---

[1] Este texto, igual que todos los que se citan a continuación, está tomado de Mariano José de Larra, *Obras* (Madrid: Atlas, 1960). El tomo y número de página de donde se cita cada fragmento se indican entre paréntesis.

Larra siempre tiene en cuenta, casi como una obsesión, su propio lema:

> Reírnos de las ridiculeces: ésta es nuestra divisa; ser leídos: éste es nuestro objeto; decir la verdad: éste es nuestro medio (I, 71).

La única manera de que su mensaje pueda llegar a la gente es el ser leído. Lo que no hace Fígaro, sin embargo, es mantenerse siempre en el mismo nivel que se supone atrae a los lectores, sino que los va educando. Cree que la evolución de su estilo no se debe solamente al desarrollo de su pensamiento, sino al hecho de que él espera que su público lector, una vez que haya leído sus primeros artículos, lea también los demás. Lleva a sus lectores consigo en sus aventuras estilísticas, que le hacen usar recursos cada vez más sofisticados. En ningún momento de su carrera literaria deja de tener en cuenta al lector: ¿qué pensará, qué dirá, entenderá lo que quiere decir? Continuamente se quiere asegurar de que su público lo sigue, de que capta el significado de sus juegos estilísticos.

Asimismo, el estilo de Larra se fue haciendo más natural según iba desarrollándose su talento de escritor y a medida que se establecía su reputación: ya no tenía que probar nada ni justificar su puesto de periodista. Si se comparan los artículos de «El Duende Satírico del Día» y los de Fígaro, se puede ver cómo en aquéllos la técnica estilística ocupa un lugar primordial, casi compitiendo con la temática, y da muestras de un gran esfuerzo por parte de «El Duende» para impresionar a su público:

> Es verdad que, como dice Virgilio, sin que parezca gana de citar, *apparent rari nantes in gurgite vasto*... pero, en materia de verso, lean lo que dice Boileau: *Il est dans tout autre art des dégrés différents*... ¡Qué bien viene aquí el *Quid feret?*... de Horacio! (I, 12).

Fígaro, por su parte, en su búsqueda del alma de su lector, improvisa genialidades sobre la marcha, exclusivamente para reforzar su mensaje.

Es la búsqueda del alma de su lector la que distingue a Larra de los didactas del Siglo XVIII y de los periodistas contemporáneos suyos. No le bastaba con ponerle al pueblo español un espejo, como hacía Mesonero Romanos, sino que pretendía presentarle su caricatura, haciendo resaltar los defectos de carácter y actitud, o, en palabras de Fígaro, «desentrañar las causas y los resortes más recónditos del corazón humano».

Otro procedimiento que Larra usa para mantener cautivados a sus lectores es el hacerlos participar en el desarrollo del artículo, para que cada cual reconozca en un momento dado sus propios resortes recónditos. El reconocimiento de uno mismo en lo que ve y lo que lee es la mejor garantía para no aburrirse. Sin embargo, Fígaro tiene mucho cuidado para no individualizar sus caricaturas. Esto no le conviene por varios motivos: la ofensa personal disminuiría el número de lectores y quitaría el interés general que se persigue, como declara el mismo autor:

> En el día no admitimos de ninguna manera la sátira personal... quitémosle a la sátira toda alusión privada, arrebatémosle la ponzoña que la degrada y la vuelve venenosa, y la única posibilidad que ella tiene de ser más perjudicial que provechosa (II, 162-63).

La postura sociopolítica de Larra no es rígida: es liberal, pero precisamente por ello critica a los liberales, igual que critica a sus compatriotas movido por su patriotismo; es romántico pero un romántico que piensa; es decir, el verdadero romántico, según Francisco Umbral. Larra rechaza cualquier actitud obcecada y admite, tanto en su estilo como en su ideología, todo lo que él cree que puede servir a su causa, poniendo en primer lugar la educación de los españoles para poder emprender la regeneración de su país y lograr su supervivencia en el mundo moderno. El autor, poniendo al servicio de la educación de sus compatriotas su gran talento de escritor y su firme propósito de tener en cuenta el gusto y el entretenimiento del lector, produce obras maestras de ironía, como

por ejemplo la «Carta a Andrés, escrita desde las Batuecas por el Pobrecito Hablador», donde se encuentra uno de los retruécanos más citados —hasta hoy día— de Larra:

> ¿No se lee en este país porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee? (I, 80).

La parte más ingeniosa de la «carta» es el diálogo que el Pobrecito Hablador tiene con cuatro batuecos, que es una acerba denuncia de la ignorancia de los españoles, pero cuya gracia verbal evita que resulte odiosa. He aquí unos fragmentos:

> — Cultive usted el latín.
> — Yo no he de ser cura, ni tengo de decir misa.
> — Aprenda usted física. Le enseñará a conocer los fenómenos de la Naturaleza.
> — ¿Quiere usted todavía más fenómenos que los que está uno viendo todos los días?
> — La zoología le enseñará a conocer los animales y sus...
> — ¡Ay! ¡Si viera usted cuántos animales conozco ya!
> — Humanidades, bellas letras...
> — ¿Letras? De cambio: todo lo demás es broma (I, 82).

La vivacidad del diálogo consiste en la agudeza con que se cambia el sentido literal de una palabra por el figurado de la misma, o, como en el último fragmento, el abstracto por el concreto.

Pero por educación Larra no sólo entiende el aprender a leer, escribir, sumar y restar, sino el adquirir cultura en el sentido más amplio del término. El mayor obstáculo para lograr la cultura y el progreso de los españoles es, según Fígaro, la pereza que parece ser una característica del pueblo entero. Un buen ejemplo de ello lo encontramos en «Vuelva usted mañana», cuyas primeras líneas ya nos anticipan el tema del artículo:

> Gran persona debió de ser el primero que llamó pecado mortal a la pereza (I, 134).

He aquí catorce palabras que expresan infinidad de ideas y sentimientos. La estructura satírica de este artículo se basa en el desdoblamiento del autor para tomar varios puntos de vista, recurso que usa muy a menudo en toda su obra. En primer lugar se presenta el punto de vista objetivo, en la persona del extranjero, cuyo nombre —Monsieur Sans-Délai— forma un buen contraste con el *leit-motiv* del artículo. El autor desempeña a la vez el papel de observador resignado y de español avergonzado de sus compatriotas, y por otro lado el de una persona que sufre la misma enfermedad que éstos, o sea la pereza:

> me ha sucedido muchas veces... perder de pereza más de una conquista amorosa... abandonar más de una pretensión empezada, y las esperanzas de más de un empleo (I, 134).

La inclusión de sí mismo entre los pecadores sigue hábilmente un ataque directo al lector:

> Dejemos esta cuestión para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy: si mañana u otro día no tienes, como sueles, pereza de volver a la librería, pereza de sacar tu bolsillo, y pereza de abrir los ojos (I, 139).

En «¿Quién es el público y dónde se encuentra?» hay una estructura muy similar a la del artículo antes mencionado. El distanciamiento objetivo se efectúa mediante el disfraz de pobrecito, que sale a la calle con su «cara infantil y bobalicona», solamente, según nos quiere hacer creer el autor, para informarse acerca de la índole del fenómeno *público*. Va a tomar apuntes, como si fuera un estudiante yendo a clase, para aprender:

> El público oye misa, el público coquetea, el público hace visitas, el público pierde el tiempo, el público gusta de comer mal, de beber peor, un público sale por la tarde a ver y ser visto, otro público sale a distraerse, otro a pasearse (I, 174),

y así sigue contando las costumbres ridículas, inútiles y de mal gusto del público, protegiéndose de la crítica mediante su disfraz de pobrecito y la expresión generalizadora *el público:* aludiendo a todo el mundo no se ofende a nadie en par-

ticular. El término indicado es al mismo tiempo una perfecta representación de la masa inerte en que se convierten los individuos sin iniciativa. Esta masa, en lugar de moverse sola, parece ser movida por fuerzas ajenas, sin tener ninguna opinión o voluntad propias.

Si en el papel de Pobrecito Hablador ya iba Larra acercándose al público, detrás de la máscara de Fígaro emprende una activa búsqueda del ser humano que en él se disuelve. Al mismo tiempo su estilo se va haciendo cada vez más virtuoso, ya que se va impregnando de sus sentimientos más profundos, dando a sus artículos un carácter más humano y un tono más emocionado.

La técnica de que Larra hace alarde en un artículo de esta época, «El mundo todo es máscaras», es la de mantener consistente la imagen del baile de máscaras. Al mismo tiempo el escritor procura que todos los términos, todas las acciones y reacciones sean continuamente representativos de la sociedad española del momento en que el artículo fue escrito: marzo de 1833. Por ejemplo, el coche que trae al amigo que viene a buscar al Bachiller Munguía —Fígaro— es la perfecta representación de la situación política y cultural en que se encontraba España desde la enfermedad de Fernando VII, es decir, un continuo vaivén entre libertad y represión, progreso y atraso:

> A ratos parecía andábamos tanto atrás como adelante, a modo de quien pisa nieve; a ratos que estábamos columpiándonos en un mismo sitio; ...abrí la ventanilla más de una vez, deseoso de investigar si después de media hora de viaje estaríamos todavía a la puerta de mi casa, o si habríamos pasado ya la línea... Ello parecerá increíble, pero llegamos, quedándome yo, sin embargo, en la duda de si habría andado el coche hacia la casa o la casa hacia el coche (I, 141).

La confusión y los contrastes siguen por todo el artículo, empezando por un Edipo que saca un reloj para ver la hora que es, y terminando por el sueño que tiene el «Bachiller» cuando se queda dormido en uno de los bailes. En este sueño, igual que la Muerte en los *Sueños* de Quevedo, Asmo-

deo lleva al escritor de excursión por el mundo de engaño e intriga de gente que pretende ser diferente de lo que es:

> Un hombre que pasa entre vosotros los hombres por sensato; todos le consultan: es un célebre abogado; la librería que tiene al lado es el disfraz con que os engaña... Parece decir: venid aquí, necios (I, 145).

El artículo es brillante, tanto en su estructura —una alegoría dentro de otra— como en la elección de palabras e imágenes. Aunque el tema parece constumbrista y tomado prestado de Jouy, los recursos ya mencionados y el enfoque del artículo están inspirados por la angustia metafísica que está empezando a manifestarse en Larra, y enseñan la confusión y enojosa repetición inútil de la existencia. Lo que se destaca una vez más en «El mundo todo es máscaras» es el extremo cuidado de Larra para no individualizar sus descripciones. Cualquier persona puede corresponder a cualquier tipo representado en «El mundo», lo que evita que alguien pudiera sentirse aludido en particular.

Uno de los recursos más ingeniosamente usados por Larra es la prosopopeya, que es el elemento más importante del estilo sumamente gracioso de «El castellano viejo». Este artículo ofrece, en mi opinión, el mejor ejemplo de la actualidad de Larra lograda por la feliz combinación de fondo y forma. Podría haber sido escrito en este siglo, incluso en estos últimos años.

Mediante la prosopopeya, empezando por «una horrible palmada que una gran mano, pegada... a un grandísimo brazo, vino a descargar sobre uno de mis hombros», el cuadro se anima a medida que las desgraciadas aventuras del Pobreto Hablador avanzan hacia su fin desastroso. No sólo se ve cómo «los codos entablan íntimas relaciones entre sí con la más fraternal inteligencia del mundo», sino que en el alboroto los diversos platos hacen la competencia a los comensales:

> Cruza por aquí la carne, por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamón; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Extremadura (I, 117).

La imagen llega al absoluto colmo de expresividad cuando el capón, «violentamente despedido», parece «querer tomar su vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente. Todos los objetos, en lugar de ser complementos directos de un verbo o sujetos de un pasivo reflexivo, se hacen responsables de sus propias acciones, contribuyendo su parte al caos total. Larra nos proporciona el guión, la cámara y todo lo demás. Lo único que nos queda por hacer es mirar y gozar. Pero no se nos permite olvidar la lección, que se presenta, como siempre, al final del artículo.

En tiempos que no le ofrecen ninguna seguridad, satisfacción o incluso consuelo, Fígaro pierde el aparente equilibrio mental y usa sus escritos como medios de desahogo y vehículos de comunicación entre él y sus prójimos. Todo esto cambia el tono de sus escritos de irónico a sarcástico y de cínico a emotivo. La desilusión que se empieza a notar llega a su colmo en «El Día de Difuntos de 1836». Todas las exclamaciones de Fígaro suenan como campanadas de su propio funeral. Sin tener que citar fragmentos del artículo, porque el contenido del mismo es harto conocido, se ve que la burla fina y disimulada de artículos anteriores ha cedido lugar a la burla sangrienta, el sarcasmo. Lo que da la mayor fuerza emotiva al artículo es la combinación de preguntas y exclamaciones, sucediéndose con un ritmo vertiginoso. Con dicho recurso Fígaro logra, por una parte, el interés incondicional del lector, ya que la pregunta, aunque retórica, le da el impulso natural de buscar la respuesta; y por otra parte consigue que su angustia se desahogue mediante las exclamaciones, que no requieren estructuras elaboradas y por lo tanto sirven de escape espontáneo.

En el monólogo satírico «La Nochebuena de 1836» se nos comunica la trágica insatisfacción de Larra con el resultado de su trabajo. Mediante la discusión entre el criado y Fígaro se expone toda la lucha que ha venido desarrollándose entre los ideales del escritor y la realidad que le impide realizarlos.

La realidad es presentada por el criado, como lo era por Sancho Panza en *El Quijote.*

En todo lo anteriormente expuesto he querido señalar la actualidad e importancia del estilo periodístico de Larra, cuyo desarrollo corresponde no sólo al del escritor sino también al de su público lector. Se ha pasado de un Duende cínico y arrogante por un Pobrecito irónico y cuasi inocente, para llegar al sarcasmo y a la desesperación elocuente de Fígaro. El tesoro de recursos estilísticos que el conjunto de artículos ofrece no es un mero alarde de la genialidad del autor, sino que corresponde a una necesidad de comunicación rara vez igualada. Las armas que el escritor usa para dicha conquista son múltiples y variadísimas.

El secreto de la actualidad periodística de Larra radica en que el fondo de preocupación patriótica y más tarde también metafísica de sus artículos es presentado en una forma divertida y original, que todavía hoy día apela a un amplio público lector. Así cumplió con lo expresado por José Ortega y Gasset, un siglo más tarde, con referencia a España:

> Era preciso enseñarle a enfrentarse con la realidad y transmutar ésta en pensamiento con la menor pérdida posible. Ahora bien, este ensayo de aprendizaje intelectual había que hacerlo allí donde estaba el español: en la charla amistosa, en el periódico, en la conferencia. Y era preciso atraerle hacia la exactitud de la idea con la gracia del giro. En España, para persuadir, es menester antes seducir.[2]

ALMA M. AMELL
Pontifical College Josephinum

---

[2] José Ortega y Gasset, «El quehacer de un hombre», en *Obras completas,* Tomo IV (Madrid: Revista de Occidente, 1962), p. 367.